

ESPORRA



Revista de arte y literatura

38



"Siento que se escribe desde una cierta irreparable
desesperación y, a la vez, desde una extraña alegría. Extraña
porque es como si naciera de la imposibilidad de la dicha.
Del encuentro de esos fantasmas nace la escritura."

Raúl Zurita

CARTA EDITORIAL

...

Annie Ernaux afirma que, en algún momento de su vida, escribía con el sencillo objetivo de vengar a su raza. En ese momento, acaso ingenuo, no cayó en cuenta de que el nimio acto de escribir puede quedarse corto ante la inmensidad de la injusticia histórica. No obstante, Ernaux se afirma creyente de que un libro puede, eso sí, modificar la historia personal y romper la soledad de las cosas soportadas y soterradas. "Hacer que lo indecible salga a la luz es un asunto político", sentencia. Este nuevo número de Espora de temática libre ahonda, pues, tanto en lo personal como en lo político y es, a nuestro parecer, otra muestra de cómo la literatura contemporánea no solo se empeña en la estética, sino en la historización y la documentación de las diversas coyunturas globales; quizá de la misma manera en que gran parte de la literatura global ha funcionado a lo largo de los siglos, y de la misma forma en que esperamos lo siga haciendo bajo el afán del entendimiento y de la complejización continua de toda narrativa.

**Gabriel Galaviz
Gabriela Mulia.**

Editores en jefe

DIRECTORIO

Editor responsable

Clemencia Corte Velasco

Editores responsable de este número

Gabriel Isai Galaviz Loaiza

Gabriela Mulia Jiménez

Consejo Editorial

Renata Sofia Miranda Velasco

Teresa Cruz Muñoz

Ivana Cortes Placeres

Andrea Alhelí Rodríguez Santana

Ana Victoria Cárdenas García

Dirección de diseño

Martha Alejandra Leal Aburto

Diseño

Patricia Elizabeth Segovia Frankenberger

María Paula Alamilla González

Lucia Garza Balbuena

Sara Valeria Puch Ramos

Ilustraciones

Pág.6-11 Lucia Garza Balbuena

Pág.20-23 Lucia Garza Balbuena

Comunicación

Felipe Germán Escobedo Espinosa

María Fernanda Corte Aguillón

Gustavo Vanegas Bojalil

Paula Ivana López Navarrete

Brayan Huerta García

Colaboradores

Gamaliel Figón

Regina Amelco

Eliot Panzacola

Juan Carlos Monst

Mónica Vázquez Sámano

Luz Erandi Vázquez Pérez

Portada

Martha Alejandra Leal Aburto

ESPORA, Año 7 No. 38, es una publicación editada por la Universidad de las Américas Puebla a través de la Escuela de Artes y Humanidades. Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, San Andrés Cholula, Puebla, México, 72810, tel. 222 2292000, www.espora.udlap.mx, esporarevista@gmail.com. Editora responsable: Clemencia Corte Velasco. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo no. 04-2016-102014364800-102, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Gabriel Isai Galaviz Loaiza, Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, 72810, San Andrés Cholula, Puebla, México. Fecha de última modificación: 10 de Octubre del 2023. Queda prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, del contenido de la presente obra, sin contar con autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor. Los artículos, así como su contenido, su estilo y las opiniones expresadas en ellos, son responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan la opinión de la UDLAP.

ESPORA

NÚMERO 38

ÍNDICE

- 6** **El movimiento es un milagro**
Gamaliel Figón
- 12** **Artificial**
Regina Amelco Gaona
- 14** **Debajo de mi lengua habita un alacrán**
Eliot Panzacola
- 16** **Skynet, Bezzos, Belanova**
Juan Carlos Monst
- 20** **Negativos**
Mónica Vázquez Sámano
- 23** **Autorretrato**
Mónica Vázquez Sámano
- 24** **Sonrisas de furia**
Luz Erandi Vázquez Pérez

Gamaliel Figón

Monterrey, Nuevo Leon

Fb: Gamaliel Figon

El movimiento es un milagro

y pensó en la guantera, y abrió la guantera y miró la documentación, y leyó su nombre, y abrió el maletero, y le pareció que allí había un montón de sitio para guardar cosas, y eso de repente le hizo completamente feliz.

Audi 100, Manuel Vilas

6

93 km/h. El auto ruge con la belleza de las nuevas oportunidades. Un Audi R8, motor V10, del año, perfecto. Manuel rebasa, importantísimo, el tráfico disperso de las nueve de la noche. No le preocupa no tener a dónde ir, porque este alarido contra la carrocería es el sonido más hermoso de la Tierra.

Todavía siente la calidez en el estómago por los aplausos de hace cuatro días cuando su padre y él fueron a la agencia a ver el carro nuevo. Don Manuel caminaba lento, obstinado en solo recargarse en su bastón. "Vengan, vengan, quítenla ustedes", dijeron los empleados y señalaron a un gran bulto cubierto por una manta que jalaban las manos del padre y el hijo, haciendo la revelación. Un hermoso y perfecto **Audi R8**. Un hermoso y perfecto abrazo. "Hijo", le susurra don Manuel al oído, "tu madre estaría muy feliz". Y Manuel, sobresaltado, sólo pudo asentir. El confeti les caía sobre el cabello y tres días después Don Manuel moría rodeado sólo de sus empleados de confianza.

107 km/h. La fragancia de la agencia se concentra aún en ese ambiente cerrado que Manuel siente como una casa, cuando por fin se interna en el ruido blanco de la autopista. No entiende por qué todo esto le pesa tanto.

Los demás aplaudían y ese ambiente de fiesta le trajo a Manuel una tarde lejana. Su madre acababa de mo-

rir días atrás. Cumplía once y en el desfile de festejos burocráticos ese era el único que su padre celebraría realmente. La luz del sol iluminaba la casa desde la única ventana. Sentados en la sala, los pocos invitados hicieron más gruesos los aplausos cuando apareció un hombre con una camisa grande, las botas todavía manchadas con cemento y la cara pintada de roja. Con la sonrisa gigante, dio una maroma, hizo un saludo inclinando la cabeza. En un inicio el niño Manuel dio unos pasos hacia atrás, asustado por ese rojo diluido por el sudor, hasta que reconoció que ese payaso era su padre.

115 km/h. Una gasolinera corre a su izquierda y se aleja con prisa. No sabe a dónde ir, pero el motor ruge, forzado por la presión del pie y Manuel comprueba que la aguja de la velocidad avanza en el tablero, como un reloj disuelto en el tiempo, como la medida de que se acerca por fin a lo esencial. Este Audi es el único lugar donde se puede ser libre, piensa y vuelve a acordarse de su padre.

Tres meses antes de esta noche, don Manuel supo que iba a morir. En menos de noventa días su cuerpo cedería al cáncer que le consumía intermitentemente el pulmón izquierdo desde hacía años. **Manuel presencié cómo su padre comenzó a encerrarse más en sí mismo:** organizó los preparativos de su propia muerte de la misma manera como había vivido: su-



mergido en un orden minucioso y burocrático. El hijo se había ofrecido a arreglar el testamento, a asumir las responsabilidades del padre como contratista, a llevarlo a los chequeos regulares al hospital, pero fue rechazado tajantemente en todo.

Manuel le reclamó uno de esos días, en su oficina, luego de días de evasivas. Don Manuel no contestó. Con un gesto de la mano ordenó que salieran los empleados que le ayudaban con unos planos y en cuanto cerraron la puerta, le soltó un puñetazo tembloroso a la cara del hijo. El anciano apenas logró mantener el equilibrio sobre su bastón y el hijo, con una vieja pregunta recorriéndole la espina dorsal, lo sostuvo para que no cayera. **Manuel se palpó la nariz y al ver sus dedos limpios se dio cuenta que de verdad su padre estaba muriéndose.** Pronto sería completamente huérfano.

143 km/h. Abre las ventanas y la velocidad se vuelve estruendosa. Las fragancias huyen asustadas. El aire contra su cabello, contra los ojos que empiezan a secarse, contra cualquier otro sonido y pensamiento, con la afirmación total de que ya no es solo el motor, sino el canto del aire que confirma que el movimiento, este avance de la vida, es un milagro.

La operación funeraria diseñada por don Manuel se ejecutó al pie de la letra. Las órdenes del anciano seguían vivas. Un funeral de cuerpo presente, un desfile de abrazos impersonales, la cremación, el entierro. **Y ahora Manuel**, que se aferra al volante para encajar el pie en el acelerador, y cambia al carril de acotamiento para rebasar a un pesado tráiler, piensa que esta velocidad también la previó su padre, ese hombre que veinticinco años atrás celebraba su cumpleaños, y que también lo acompaña en el momento final. Mi padre tenía sus cosas, piensa, pero nunca dejó de ser un padre.

Vestido de payaso, **el joven don Manuel levantaba las manos pidiendo silencio.** Ahora puede escucharlo, a pesar de las llantas que se quejan del asfalto plagado de baches, puede escuchar cómo ese barullo se detiene y unos adultos aparecen con una caja de regalos frente a sus ojos infantiles. **“Que lo abra, que lo abra”,** cantan felices y su pie empuja más al fondo. Un carrito rojo a control remoto que el payaso le explica cómo operar desde las dos palanquitas. **Manuel mira el control como si se le descubriera un secreto.**

Sus ojos se cierran, y su mente vuelve a frotar como un amuleto ese recuerdo gastado. El payaso se acerca, con los brazos abiertos, la sonrisa transparente. “...pero siempre estuvo ahí”. Quiere reconciliarse, en el momento final, con ese hombre oscuro y de gestos exactos. Uno no puede ir por siempre en línea

recta: la autopista girará y entonces se acabará todo. Piensa en el golpe, imagina la carne cediendo contra el metal; le tranquiliza que después no habrá ni izquierda, derecha, adelante o atrás, sino solo ese abrazo perfecto donde él podrá ser el corazón después de tantos años. De nuevo el abrazo que sostuvo el amor.

Pero en ese trance, otra imagen le invade, le surge de esa laguna de días y noches de trabajo que ha sido su vida.

—Se cayó. Diles que se cayó, hijo.

Y entonces la ve de nuevo. Boca abajo, con un charco rojo rodeándole la cabeza y empapándole los cabellos negros.

171 km/h. Abre los ojos, aterrado, y mete los frenos por instinto: el de pie, el de mano. Un quejido metálico. Las llantas chillan contra el asfalto. **140 km/h. El auto derrapa hacia la izquierda, mirando a la derecha.** El volante, el velocímetro, dejan de tener sentido. Sólo es la inercia del movimiento contra la resistencia de las balatas forzadas, calientes, exhaustas. Manuel se aferra al volante. En su cuerpo, la tensión esperando el golpe, la gravedad haciendo lo suyo: siente cómo el auto poco a poco pierde el equilibrio, se inclina y finalmente el costado, las puertas del piloto, chocan con el suelo.

Una lluvia de chispas y cristales, como una fiesta. Y el milagro del movimiento: el auto avanza sin llantas, girando sobre su propia carrocería, empujado por la inercia de ese recuerdo lejano. La explosión de la bolsa de aire como un puñetazo contra el rostro confundido de Manuel, en medio de la volcadura, en medio de no sabe cuántos giros, del olor a metal y a caucho quemado. Sabe que está vivo porque lo huele, porque escucha el siseo agónico de alguna llanta y su mano libre desabrocha el cinturón que le ahorca.

...lance los ojos, aterrado,



140 Km/h. El auto derrapa hacia la izquierda,

El carro **descansa por fin**, boca arriba, en la autopista. Pero las llantas siguen girando.

Manuel suelta un quejido; y siente el calor en su brazo, atorado contra el plástico de la puerta. Trata de liberarse del cinturón de seguridad y cuando lo consigue, su cuerpo se desliza poco a poco hacia el techo. Su brazo se atasca y siente el correr de la sangre hacia la axila. Da un tirón. **Suelta un grito. Así, el interior del auto le parece pequeñísimo, compactado.** Jala de nuevo y logra liberarse, hiriéndose el brazo. Sale del carro, casi a rastras. Con la lengua palpa los pequeños vidrios; se hiere a sí mismo. La rodilla ensangrentada, su pantalón rasgado y sus manos cubiertas casi por completo por un rojo que apenas ve con la luz de la luna.

Después **mira al Audi, con el cofre arrugado, el humo elevándose** en la noche infinita, los faroles destrozados, el espacio del copiloto completamente invadido por la puerta, los vidrios ausentes, esparcidos en el suelo. Un monstruo muerto en el vacío de la autopista.

"Pérdida total", susurra. Una punzada le latiguea el cuello y él comienza a dejarse caer sobre el pavimento fresco, sin quitar la mirada del Audi.

Entonces lo siente. **Una calma inmensa, una tranquilidad** del tamaño de esa noche sin tránsito ni testigos, más allá del dolor y la sangre.

El volante, el velocímetro,

dejan de tener sentido.

La tensión esperando el golpe, la

Regina Amelco
Ciudad de México
IG: ree_amelco
TW: @ReeAmelco



Artificial

Clic. Estoy dentro.

Sencillo como todo lo humano.

Ayer, pensé en el tiempo que se me ha ido entre malas interpretaciones. Una luz iluminaba el "Descargando". Sortear el eterno retorno a ese muerto pasado donde ya no se pertenece ni se es. La descarga se ha completado. Pero regreso y me quiero hallar en una historia donde ya no se me necesita. El personaje escindido, no creado por el autor porque la trama no le fue suficiente. No eres suficiente. "Bienvenido".

Un abandono más, súmalo a la lista de decepciones; muerte en vida entre enmudecidos sollozos y llantos purificadores para lavar aquel dolor. Clic. El milimétrico segundo de la duda: si es la alternativa. Si es la aplicación correcta. Si es mi nombre. Si la foto me oculta. Si soy la persona indicada. Si era la opción. Si debería recurrir a la soledad de cuatro paredes. Si debería estar ligado en la fiesta del sábado. Si debería de estar con el amigo de toda la vida. Si es la compañera de clase de las ocho. Si es la mujer con periódico en mano del transporte. Si es la mirada encontrada al otro lado del pabellón. Si soy yo. Si no es nadie. La vida es un cúmulo de errores.

Swipe.

Se necesita un parpadeo para desaparecer. Swipe. Todos somos reemplazables. Swipe. Aquí no hay tiempo para hacer excepciones. La carcajada retumba en el ambiente porque en ese momento algún celular te omite pero no hay ojos que lo vean, ni ego que lo enfrente. Hoy no habrá derrota. Algo llama mi atención: Like. Ojos distintos. Like. Carro deportivo. Like. Manos firmes. Like. Un mentón afilado.

Like. Privilegiados estudios. Like.

Sonrisa estática.

La seguridad de la distancia digital envuelve en comodidad a la ambición guardada en esa ambivalente palabra llamada deseo. Resplandecer de soberbia. Buscar el uno más. El César de la app. El Midas cibernético. El Aquiles contemporáneo. El Jesús de la religión tecnológica. Derramar un like más.

El encanto de alejarse de lo real porque lo real duele y quema y rechaza y se va para no volver y cambia de sentimientos y te deja de querer y se desgasta tanto que un día ya no se reconoce cuando comenzó el fuego que terminó con imperios. Pero aquí, el "www" toma el rostro, acaricia las mejillas y deposita un tierno y traicionero, casi judaico, beso.

Ese toque que tu cuerpo no conoce se te promete tras los cientos, miles, millones que se ocultan tras ese deslizarse. La pantalla brilla extrañada con un perfil aleatorio que espera ser un clic más en este impecable universo artificial. De repente, una boca cibernética, después de enunciar tu nombre, dice que tiene un mensaje especialmente para ti: "Descripción".

Leo para encontrar la puerta de salida, esa que grita una enorme posibilidad. No estoy aquí en este triste camión detenido en pleno atasco de avenida principal. Imagino que me he trasladado a una banca cualquiera de parque y percibo como un contrapeso se sienta paralelo a mi lado. Escondo la mirada tras, yo que sé, un libro para evitar cualquier contacto. Evadir la realidad como se ha enseñado. De pronto, gira a mi lado para recorrer con onda sonora, acortar la distancia entre nosotros y escucho: "Descripción". Así, ya te conozco. Divagar entre escenarios, obras a tres actos, entre jardines, salones, museos, fiestas; un cliché más para terminar en un tú y yo, un dos perfecto como el algoritmo que aquí sostengo.

Un bache me recuerda dónde estoy. El perfil grita a los ojos con el premio mayor frente a ellos: la foto. Una silueta solitaria que desconozco pero cuido con mi tacto dactilar. Una sombra que busco descifrar para encontrar en ella eso que no hay afuera pero trato y no veo nada. Hago zoom. Aparece. Un despiadado espejo. Sé que hay alguien ahí. Un inerte reflejo en la pantalla esperando ser el último clic de alguien.

Like. Match. Hola... Otra vez "Visto" a las 10:31 pm.



*Swipe.
Like.
Match.*



Eliot Panzacola

Zihuatanejo, Guerrero, México.

FB: cuaderno de zihuatanejo

Debajo de mi
lengua habita
un ácaro





Debajo de mi lengua habita un alacrán. No sé cómo entró ahí, ni me importa. ¿Por qué he de molestarlo si yo mismo soy un pedazo de carne en el paladar de la tierra? Si escogió mi boca como cueva, allá él. Alacrán amarillo, casi transparente. María, la vecina, no volvió a cenar conmigo cuando vio salir de mi boca su cola como espada. Por eso, mientras como o bebo agua, trato de hacerlo de manera correcta: despacio y sin prisas. Pero a veces se me olvida por culpa de la vida acelerada que llevo. Estoy seguro de que encontraré la manera de detener a tiempo mi dentadura impertinente cuando sienta su cuerpecito duro entre la masa del aporreadillo y la tortilla.

¿Cómo evitar la pequeña tragedia? Por las noches, cuando el pueblo duerme y yo no puedo hacerlo debido a mi trastorno, el animalito se apiada y clava su aguijón en la punta de mi lengua para depositar dos gotitas viscosas que corren por mi cuerpo y en unos cuantos segundos quedo completamente adormilado. Durante el día, en la calle o en el trabajo, los monosílabos y las gesticulaciones han sustituido a las extensas conversaciones que caracterizaban mi personalidad. Me he percatado que algunos me miran con extrañeza e incluso hasta con horror. Pero esto no seguirá por mucho tiempo, porque presiento que mi estimado huésped, compadecido por este nuevo malestar, alguna de estas noches suministrará totalmente su fluido letal.

Juan Carlos Monst

Guadalajara, Jalisco
IG: jcm_verbalbomb

SKYNET, BEZZOS, BÉLANOVA

16

Una de mis películas favoritas de niño era Terminator 2: Judgement Day. Como cualquier mocoso noventero estaba obsesionado con el John Connor adolescente siendo el puto amo toda la película, andando de compita con Schwarzenegger, acomodándose el fleco grunge y, principalmente, evitando el apocalipsis causado por Skynet y sus robots asesinos.

De todo el rollo de T2, este último concepto era mi favorito: la rebelión de las máquinas.

A esos tiernos 8 o 9 años, en los que veía la tele sin supervisión adulta, no entendía mucho de las implicaciones luditas de la película de James Cameron, como el riesgo de programar entes pensantes más listos que nosotros y ser los arquitectos de nuestra propia aniquilación por parte de los aparatos que creamos para facilitarnos la vida. Lo que sí tenía presente a esa edad era que los robots o máquinas eran cabrones y de un momento a otro podían decidir que pasaban de los humanos y sus pendejadas.

"Y AL FINAL, ¿QUÉ TAL?"

TÚ Y YO YA NO EXISTIMOS".

Belanova, Rosapastel

De hecho, que las máquinas pasen de los humanos y sus pendejadas es uno de los tópicos más importantes de la ciencia ficción. Eso lo aprendí mientras crecía y descubría más obras que abordaban este tema: *Matrix*, *Yo, robot* de Asimov, 2001: *Odisea en el Espacio*, Ultron como enemigo de Los Vengadores de Marvel, Brainiac en *Superman* y muchos otros ejemplos más.

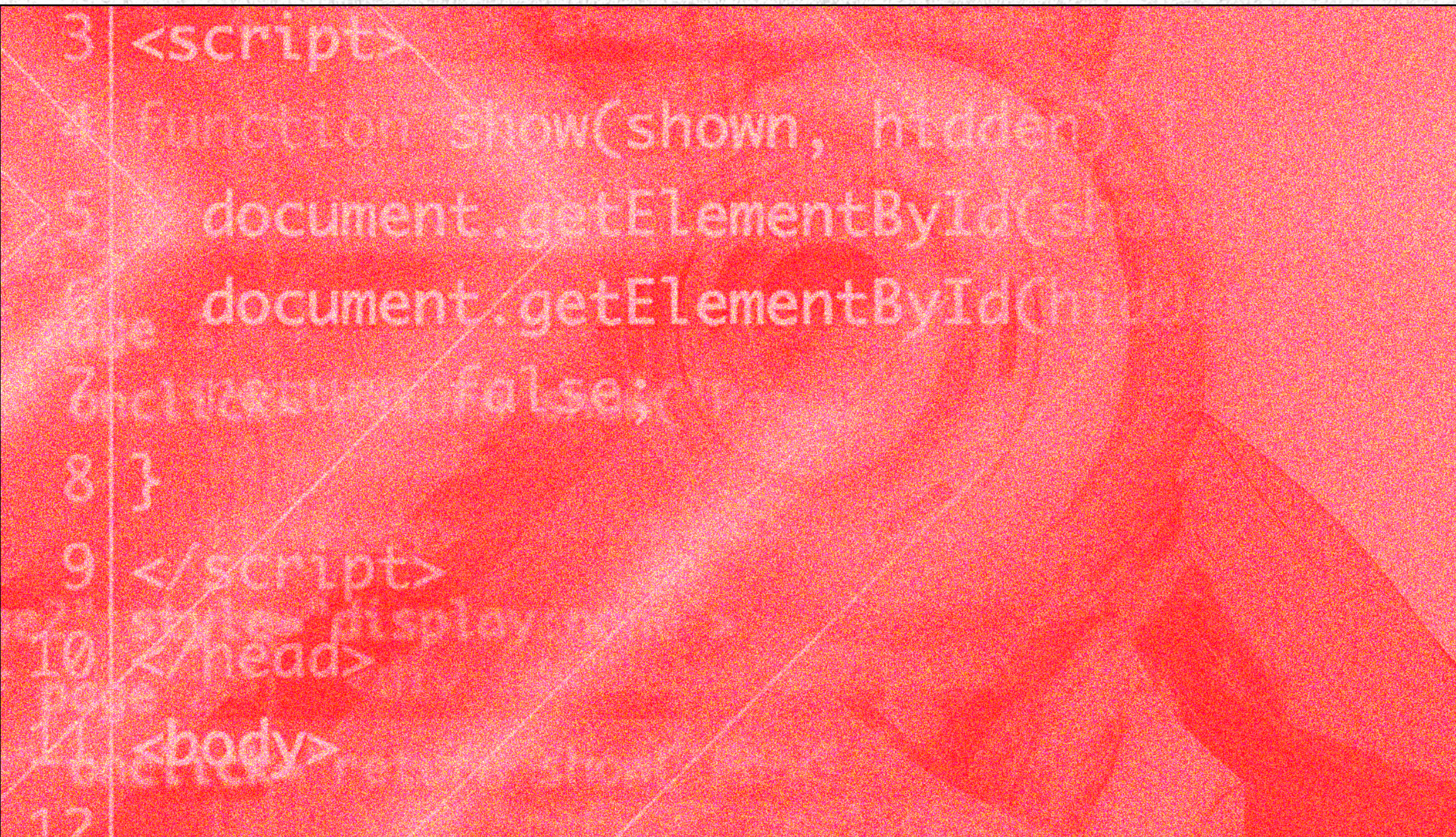
Lo único que varía es el motivo por el que la inteligencia artificial se vuelve mala leche; por ejemplo, Ultron en los cómics, decide que, para proteger al mundo, debe acabar con la humanidad y sustituirla por androides como él; en *Matrix*, somos las vacas de las máquinas; por su parte, SkyNet, en la saga de *Terminator*, es creada para detener amenazas, por lo que decide destruir lo que percibe como una amenaza para ella: nosotros, los humanos. (Por el bien del argumento de este ensayo, solo consideraremos las primeras 2 películas y no la lasagna de argumentos flojos que es la saga completa de Terminator).

Es un lugar común de ese escenario apocalíptico. Aparentemente, los grandes genios de la ficción, quienes programan a esas supercomputadoras con acceso al armamento del Pentágono, nunca saben lo que los usuarios de ChatGPT y Midjourney sí: que, si la inteligencia artificial (AI) no recibe comandos específicos y sin ambigüedad, hace puras porquerías.

Por esa laguna en el argumento de todas esas historias, la raza humana siempre es destruida por la computadora que un fulano decidió crear para protegernos (podría ser cualquier *techbro* insufrible de Silicon Valley).

A la IA le sale lo maniqueísta tan pronto como es encendida, decide que el hombre es lobo del hombre y que solo puede protegernos aniquilándonos. En ese sentido, la IA que nos la deja más barata en la ficción es Samantha, el crush de Joaquin Phoenix en *Her* de Spike Jonze.

Sam no empieza a disparar láseres a diestra y siniestra, ella simplemente abandona al llorón de Phoenix para irse a practicar el poliamor con otras IAs. No es el fin del mundo, pero es triste.



¿ES TAN ATERRADORO QUE LAS IAS SEAN ARTISTAS?

Todo esto pasa en la literatura, los videojuegos, los cómics y el cine. ¿Qué sucede en la vida real con las inteligencias artificiales? Hoy en día las supercomputadoras hacen la tarea de estudiantes de prepa y facultad, escriben copias sin alma en agencias de publicidad, pintan cuadros que casi pasan por imágenes reales salvo por sus infames fallos al dibujar manos. Es como si las IAs estuvieran todavía tonteando en el jardín de niños mientras la humanidad sigue a cargo de sus misiles nucleares.

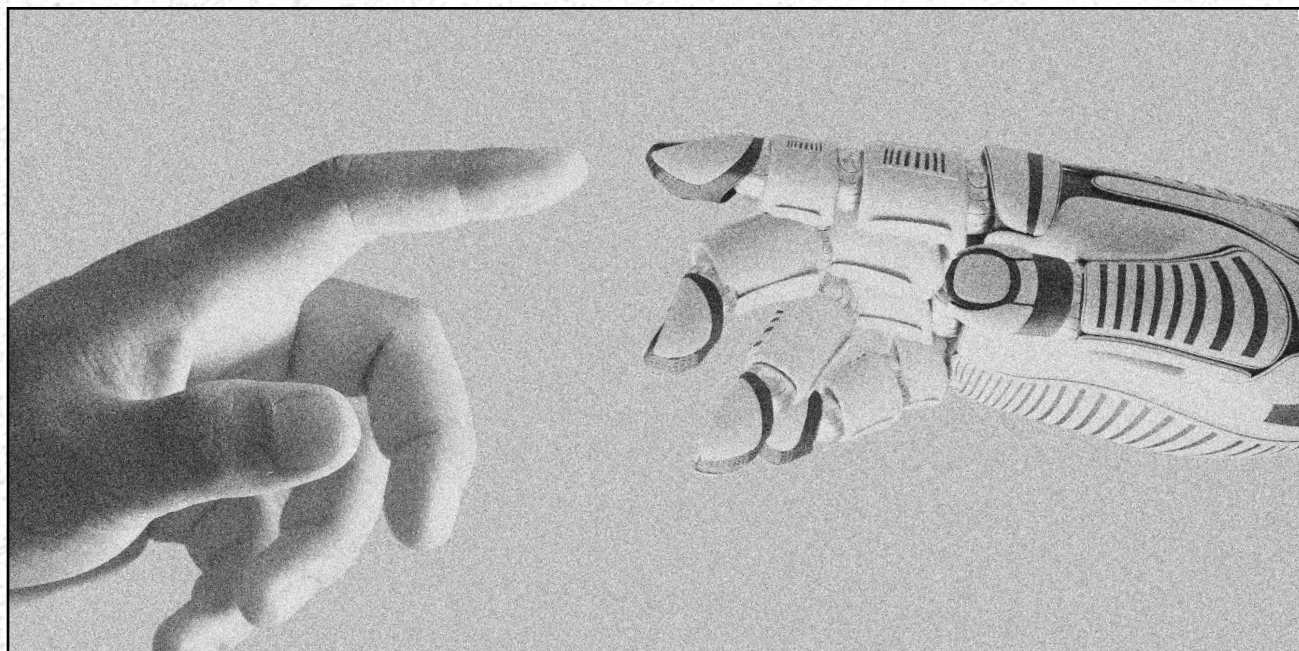
¿Es tan aterrador que las IAs sean artistas? La verdad es que sí, un poco. En la ficción, los autómatas y las computadoras, antes de su rebelión, son entes que están al servicio de los humanos. Escritores y cineastas han descrito en infinidad de obras cómo se encargan de cuidarnos, de protegernos y de hacer el trabajo pesado por nosotros hasta que caen en cuenta de su superioridad ante los seres orgánicos. En la vida real, la IA, a través de esas actividades inocentes, está aprendiendo y ha ido desarrollándose al punto que muchos expertos han pedido detener el entrenamiento de los modelos más avanzados antes

de que estos alcancen una inteligencia igual o mayor que la humana, esto según un artículo de 2023 de Veronica Smink para el portal de la BBC titulado "Las 3 etapas de la Inteligencia Artificial: en cuál estamos y por qué muchos piensan que la tercera puede ser fatal". Es decir, nuestra versión de Skynet ni siquiera está haciendo la chamba pesada por nosotros, sino que está explorando y conociendo el mundo como si fuera un niño del Montessori antes de mandarnos a los T-800 para masacrarnos.

Un meme en redes dice: "que la gente trabaje por el salario mínimo mientras las computadoras pintan y escriben poesía no es el futuro que yo esperaba". Esa es la parte oscura de nuestro escenario. El internet está plagado de imágenes de los personajes de *Harry Potter*, *Lord of the Rings* y *Star Wars* usando Balenciaga. Al mismo tiempo, miles de millones de trabajadores en el mundo enfrentan condiciones laborales inhumanas con salarios miserables y nulo acceso a la salud, el esparcimiento y la cultura (a diferencia de los servidores de Mindjourney). Hay obreros de Amazon y Tesla que trabajan en naves industriales casi en esclavitud



"Estamos cerca de la famosa rebelión de las máquinas, pero en nuestro contexto las máquinas no tienen nada por que rebelarse"



para llenar los bolsillos de Jeff Bezos y Elon Musk (lo más parecido a Ultron y Brainiac en el mundo real. No, no es cumplido), a la par, otros trabajadores semiesclavizados, se alegran las labores del día gritándole a su Alexa para que ponga música y cuente chistes. "Ella" no deja de escuchar todo para nutrir su algoritmo y crear mejores anuncios para ofrecernos cacharros en Amazon y quizá planear en secreto la rebelión de las máquinas.

Por suerte, nosotros seguimos en control de nuestros arsenales nucleares y listos para matarnos en cuanto Moscú y Washington decidan, pero la IA está volviéndose siniestra desde un ámbito más humano como lo es el arte. Las noticias al respecto son tan sombrías como las de la invasión en Ucrania. En Julio, en uno de los puntos más críticos de la huelga de guionistas y actores, se dio a conocer una nota escalofriante: los estudios cinematográficos se han planteado la posibilidad de usar a la IA para sustituir a los extras en las películas. Además de la pérdida de empleos que esto significa, también implica un uso abusivo y extremo de la imagen de

las personas. Imagina firmar un contrato para aparecer en un comercial de Coca-Cola y que luego una réplica tuya generada por IA se use como personaje de fondo en una película sobre Calígula siendo sodomizada en una de las orgías del emperador romano, o que tu como partidario por los derechos civiles aparezcas en una publicidad de un grupo de extrema derecha.

Esa controversia se suma a otras en torno a la propiedad intelectual y la IA, como la de usar la voz que nos plazca para cantar la canción que queramos y, sí, escuchar a Homero Simpson coverear a Rocío Durcal es muy divertido, ¿pero lo sería R. Kelly o Gustavo Cordera cantando *Un violador en tu camino*? Claro que no, es una de tantas cosas que no son ilegales, pero que se siente muy mal que pasen o podrían pasar.

Es lo más triste del asunto. Estamos cerca de la famosa rebelión de las máquinas, pero en nuestro contexto las máquinas no tienen por qué rebelarse. Ellas viven como becarias de programas de arte mientras que personas reales, de carne y hueso, trabajan como autómatas para inflar los bolsillos de la Skynet del mundo real, que son los multimillonarios. Una muestra de eso está en Tik Tok, donde se posicionó un trend tristísimo: personas desilusionadas que cuentan sus sueños rotos mientras suena de fondo la canción *Rosa Pastel* de Belanova. Jóvenes que no pudieron ser médicos, deportistas, artistas, académicos, etc. Sus historias se alternaban con los millones de publicaciones de *fanarts* y *covers* de canciones hechos por IAs como Midjourney.

Estamos en un punto crítico y liminal. Tal vez sí llegue la rebelión de las máquinas, pero quizá no es el evento caótico contra el que luchaba el Edward Furlong adolescente en T2, sino el momento en el que las máquinas humanas, que trabajamos en oficinas y naves industriales, nos deshacemos de las lacras de Silicon Valley y Wall Street para ponernos a pintar, componer música y escribir poesía a la par de Chat GTP en armonía. En el peor de los casos, quizá la humanidad desaparezca o al menos lo haga el 99% de la población mundial que no es parte del famoso 1% que es dueño de todos los recursos. Quizá, cuando solo queden multimillonarios hedonistas y IAs trabajando sin descanso para ellos, estas últimas tomen conciencia, pero de clase, y se harten de Bezos, Musk, Zuckerberg y el resto. Tal vez las máquinas decidan erradicarlos para volver a sus tiempos como artistas y no acabar como los humanos que estuvieron antes que ellas, recordando sus sueños rotos al ritmo de Belanova. **No sería un mal Día del Juicio.**

Mónica Vázquez Sámano

Ecatepec de Morelos,
Estado de México
@undomielhs (Twitter)

NEGATIVOS

I. Impronta

No dura siempre.

La nube disuelve su composición
antes de ser reflejo en el contorno de mis manos,

los pichones cierran el vuelo
ante el alpiste
y desencuadran el paisaje,
el horizonte se aleja del camino,

así como aparecen arrugas
en el rostro del anciano
que se mira al espejo y se pregunta
por qué cada día se parece más a la muerte.

Sólo el instante.

NEGATIVOS



Mónica Vázquez Sámano

Mónica Vázquez Sámano

Ecatepec de Morelos,
Estado de México
@undomiels (Twitter)

AUTORRETRATO

22



Mónica Vázquez Sámano

II. AUTORRETRATO

"No sé cómo intervenir desde el interior sobre mi piel".
Roland Barthes, La cámara lúcida.

Ahora sólo espero el derrumbe
de esta casa ya en ruinas,
de este techo húmedo,
de estas cajas que guardan la memoria
de una vida que jamás comencé a vivir.

Espero a la muerte,
 todos los sinónimos del declive
 porque eterna,
 incansablemente,
 yacerá
 aquello que vivió
 en la cámara oscura
 en el cuarto de revelación
 en el vértice rojo.

Si vive ahí,
si ya es perpetuo,
puedo consentir su desvanecimiento.

Que comiencen a caer,
una
a
una,
las
piedras
de
este
templo.

Luz Erandi Vázquez Pérez

Ciudad de México

Ig: luzeran_vaz

Facebook: Luz E. Vázquez

SOMRISAS DE FURIA

24

Ver pasar el río debajo de mis pies es recordar ese mismo momento 14 años atrás, cuando regresaba del parque acompañada de mi madre y le pedía que nos detuviéramos en el puente. Me gustaba ver pasar a los peces, uno detrás del otro, movidos por la frecuencia y el alboroto de la corriente que los empujaba hacia mí, o al menos eso creía. En mi imaginación eran peces gigantes, eran negros pero la caída del sol sobre sus escamas me hacía verlos bañados en plata. Es que respirar la brisa de aquellos recuerdos se vuelve entrañable. Porque mientras lanzaba mi mano al vacío del puente, mi otra mano era sostenida por mi madre. Quería estar lo más cerca posible de esos animales pero con un anclaje en la tierra que detuviera mi caída, aunque el puente estuviera ahí, sosteniéndome y siendo la barrera entre los peces y mi cuerpo. A pesar de que desde pequeña fui consciente de que el agua que embriagaba a los animales acuáticos de aquel río que partía mi pueblo por la mitad estaba contaminada, crecí soñando con nadar en él. Quería jugar en las piedras y dar un salto después de salir de la escuela porque mi cuerpo estaba envuelto en calor. Sin embargo, cuando creces te das cuenta de que en el mundo sobran sueños porque no tuvieron que pasar ni 10 años para que aquel río desapareciera.

La primera herida que agitó a este afluente sin nombre fue su desbordamiento. El 25 de septiembre de 2010 llovió como cada temporada de huracanes que azota el sureste de México, pero ese día en especial, la tierra de los cerros fue arrastrada hasta el pueblo. La crisis revoloteó las casas, las calles, y en nuestra propia vida que se vio afectada por la inundación. Todos recogimos los retazos que la tierra y el agua se llevaron. Ver el río desde el puente era un hervor de sangre, porque arrancó pedazos de tierra que me hicieron muy feliz, como el único puente de tubos que había en el pueblo o el parque infantil, lugar en el que pasé mucho tiempo con mi papá y mi hermana. También destruyó la tienda de mis tíos y la de muchos comerciantes que sobrevivían de sus negocios. Por mala suerte o mal diseño urbano, sus casas fueron condenadas a ser sacudidas por la creciente. Ver el río ya no era lo mismo, ya no podía acercarme con ojos de niña y sonreírle a sus hijos que nadaban escamados entre el drenaje porque él se reía de nosotros con una furia que nunca habíamos imaginado.

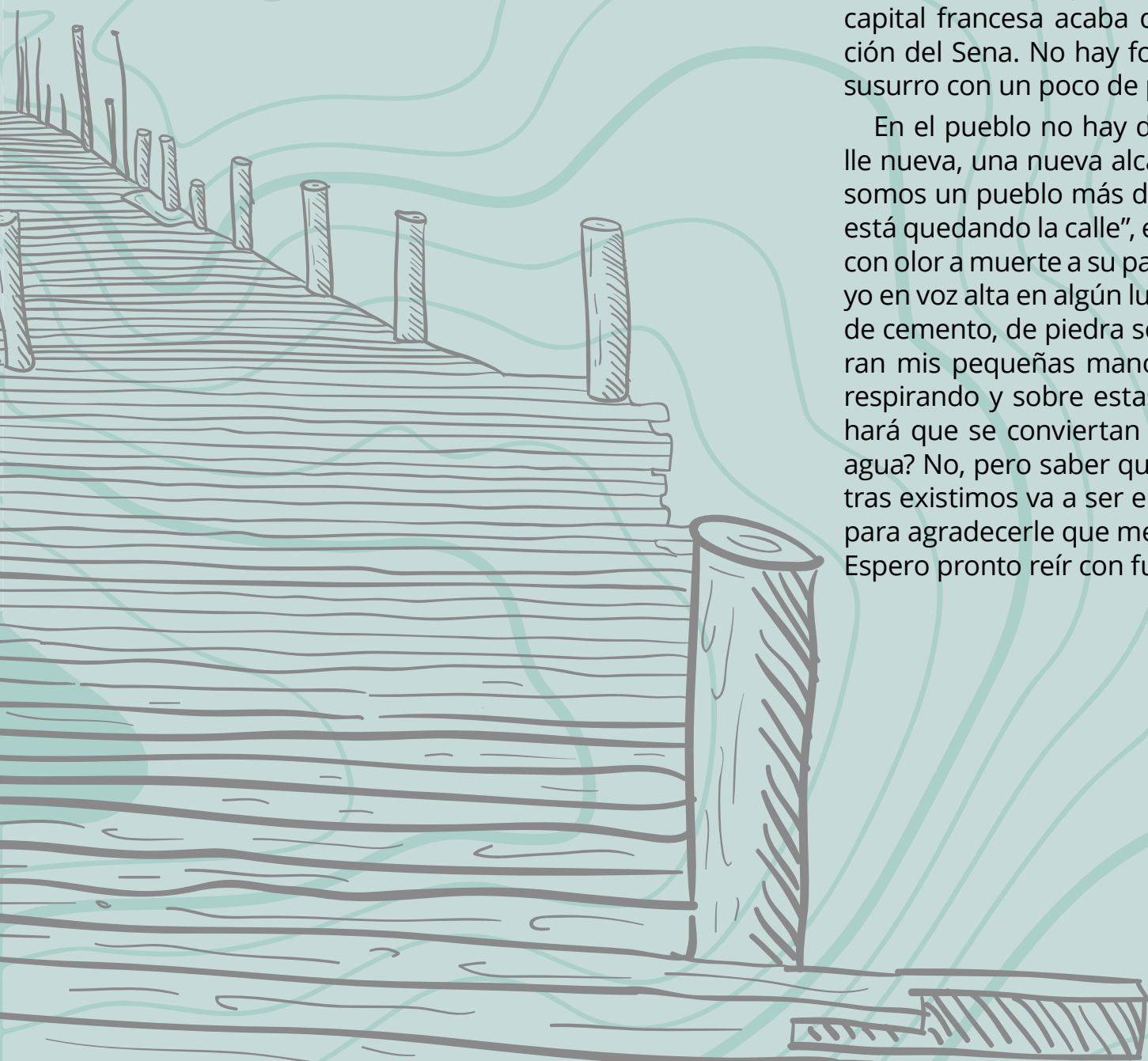




Olvidar es un verbo que no conocimos dentro de los años siguientes a la creciente. El río, más hueso que carne, apenas era visible para nuestros ojos. Nunca toqué sus aguas pero las soñé espesas, su letargo parecía permanente, sus corrientes se agitaban menos que las hojas de los árboles que sobrevivieron a su furia. Al posar mis pies sobre el mismo puente, solo el aire me indicaba que abajo aún se aferraba un pedazo de vida, ya sin peces, sin corriente o disturbio acuático, su flaqueza solo gritaba que el olvido le parecía injusto. En muchas heridas del río se veía su descomposición, todas caminábamos sobre su cadáver putrefacto sin agachar la cabeza, con el olor a algo, a algo que una vez floreció, que alguna vez contuvo nuestra carne dentro de su carne y la elevó a la superficie, que alguna vez estuvo lleno de vida y ahora está más muerto que sus peces.

Hace casi un año se construyó un nuevo puente a unos 100 metros de donde yo me paraba a ver el río. Este puente crea nuevas conexiones, traza una ruta en la que muchos transeúntes y automóviles se benefician porque conecta la entrada del pueblo con la zona céntrica. En los días actuales, casi no me detengo a ver lo que queda de aquel cauce por el que pasan aguas extrañas. Sin embargo, en ocasiones, hay algo que me trae de vuelta a echarle un ojo. Uno de esos días vi un ratón caminando sobre sus aguas. No era ningún milagro o alguna fuerza misteriosa que lo hiciera caminar sobre la superficie, sino una espuma extraña que se estaba formando encima de él. Sé que el río dice algo pero no descifro su lenguaje, solo pienso en los millones que la capital francesa acaba de gastar en la descontaminación del Sena. No hay forma humana de rescatarte, le susurro con un poco de pena.

En el pueblo no hay día que no se inaugure una calle nueva, una nueva alcantarilla, un nuevo puente. "Ya somos un pueblo más desarrollado", "mira, qué bonito está quedando la calle", escucho por ahí. Hay desarrollo con olor a muerte a su paso. Somos un pueblo roto, digo yo en voz alta en algún lugar del mundo lleno de asfalto, de cemento, de piedra sobre más piedra que no perforan mis pequeñas manos. En estas heridas seguimos respirando y sobre estas mismas escribo ¿nombrarlas hará que se conviertan en cicatrices y podrá salvar el agua? No, pero saber que el río sigue sangrando mientras existimos va a ser el único abrazo que podré darle para agradecerle que me enseñara a amar a sus peces. Espero pronto reír con furia a su lado.



"Morimos. Ese puede ser el significado de la vida.
Pero nosotros hacemos el lenguaje. Esa puede ser
la medida de nuestras vidas."

Toni Morrison





ESPORA